

Capítulo 5: Dos o tres

Había funcionado.

Antorchas y teas pululaban por el valle como si se tratara de un hormiguero. Docenas de puntos de luz iluminaban la noche tanto en la tierra como en el cielo. Abajo, se habían encendido hogueras y decenas de grupos vigilaban los alrededores de la aldea. La fortaleza, en cambio, yacía apagada y fantasmagórica en lo alto del farallón.

– He de reconocer que no está mal, Furia. No está nada mal –repetía Notas, observando el espectáculo desde su elevado refugio, con el largavista del capitán que los había llevado a esas tierras—. Heterocromos... ¿De verdad creen que se dejaron alguno vivo?

Ni Furia ni Petaco respondieron. Estaban muy ocupados observando la escena que se desarrollaba abajo y en la ladera de enfrente. Las antorchas de brea se acercaban poco a poco al lugar donde estaban instalados. Pronto llegaría la hora de actuar.

– Esos soldados son muy pequeños –advirtió Petaco.

Era cierto. No encontrarían una armadura en la que cupiera el grandullón. Era el mayor problema del plan: tendrían que prescindir de él. Conque serían dos, y no tres.

A Furia no le importaba ir sola a la fortaleza, ni siquiera ir con el idiota de las rimas, pero dejar a Petaco solo le producía pavor. A saber qué se le ocurría al hombretón tras haberse pimplado todo el alcohol de la taberna. Era capaz de echarlo todo a perder. Muy capaz. Furia no se fiaba, pero no veía otra opción.

– Tendrás que quedarte al margen, Peta –explicó Notas, dirigiendo una mirada a Furia—. A no ser que finjas ser uno de los heterocromos a los que persiguen.

– La verdad es que no me apetece mucho subir tantos escalones –dijo con indiferencia.

Repasaron los varios puntos importantes del plan y estudiaron una última vez el terreno, calculando los tiempos que les llevaría cada etapa hasta llegar a la cima de la escalinata.

– Bien –concluyó Furia–, entonces en marcha.

Dejaron a Peta detrás de las rocas y quedaron en volver al mismo sitio al anochecer del día siguiente. Ellos vendrían con el oro, y Furia estaba segura de que él acudiría con un nuevo cargamento de licores asquerosos.

Con cada paso que daban colina abajo, sus botas pisaban más hierba y más flores, dejando el terreno escarpado atrás. Primero se deslizaron por la vertiente más alejada, y luego caminaron agazapados y dando un rodeo hasta la zona de las píceas. Desde allí fue mucho más fácil pasar inadvertidos entre los troncos.

– ¡Por los espíritus! –exclamó Furia en voz baja–, ¿se puede saber para qué traes el laúd?

– Quizá te sorprenda saberlo, pero los músicos somos bienvenidos en muchos sitios. No todos los pueblos son tan cerrados como mi tribu. La música ha de ser compartida, la música...

– ¡Vamos a robar! ¡A robarle a un conde, no a cantar! –le espetó ella.

Ya era la enésima vez que se preguntaba como el destino la había juntado con esos dos energúmenos. El otro refunfuñó algo pero Furia lo ignoró por completo. Cuando por fin se calló, ella pudo escuchar atentamente el susurro de las hojas secas y las ramitas del suelo.

Al principio era un rumor lejano fácil de confundir con cualquier sonido indescifrable. Pero Furia tenía el oído entrenado. Los chasquidos de los palos al romperse, de las piedras al desplazarse bajo la suela de las botas, el vuelo de las hojas impulsadas por el movimiento de los pasos. Todo eso alertó al oído experto de la Kaloshi.

El músico la miró, esperando una señal. Ella levantó cuatro dedos de una mano. Cuatro. Luego señaló a Notas y levantó dos dedos, se señaló a sí misma y volvió a levantar dos. Dos y dos.

Los pasos se acercaban lentamente y ya se oía el roce metálico de las armaduras, pero las voces del grupeto parecían apagarse a medida que se adentraban en la zona boscosa. Voces asustadas. Soldados de pacotilla, pensó Furia.

Cuando pasaron a su lado, ella no se movió. Lo mejor era hacerlo de forma sigilosa. Por detrás. Visiblemente, Notas había pensado lo mismo. Por lo menos no la había cagado desde el principio. Eso ya era más de lo que esperaba de él.

Escuchó el silbido de un cuchillo volando. Y luego otro. Dos silbidos y dos jadeos ahogados. Las armaduras chocaron con la tierra y la antorcha que sujetaba uno de ellos cayó al suelo. La pareja que iba en vanguardia se giró al oírlo y los dos hombres quedaron boquiabiertos cuando no vieron a sus compañeros, sino a Furia blandiendo su afilado sable, blanco como un colmillo.

El golpe rebanó limpiamente las dos cabezas, que cayeron al suelo sin excesivo ruido. Furia sacudió el arma y limpió la hoja en su pantalón. Nadie dijo nada, el tiempo apremiaba. Arrastraron los cadáveres a un lugar algo más escondido, alejado de la vereda. Cada uno eligió una armadura y se la adueñó.

Furia puso mala cara, no estaba acostumbrada a llevar metal pesado y menos aún un yelmo de acero. Solo de pensar en subir los cientos de escalones con las aparatosas protecciones le daban ganas de cambiar el plan. Pero no podía hacer eso, no en presencia de un Mahasa. Y menos de ese en concreto.

De mala gana, paso lento y una antorcha cada uno, emprendieron el trayecto hacia la escalinata. Notas había tenido que esconder su laúd en el bosque, al comprender con desesperación que no tenía donde llevarlo con la armadura.

– Tienes muy buen oído, ¡si te dedicaras a la música tendrías un gran porvenir! –le dijo Notas mientras caminaban, intentando dar algo de conversación.

Pero Furia era amiga del silencio, y más cuando vestía una armadura robada y se hacía pasar por alguien que no era, en una aldea que no era la suya, en tierras de un conde a cuya fortaleza iban a entrar para robarle todo el oro que pudieran.

Atravesaron el poblado por las calles menos concurridas y nadie les llamó la atención, tan solo les preguntaban si había habido suerte y ellos negaban con la cabeza. Ninguno de los dos tenía un acento muy marcado, o eso pensaba ella, pero cuanto menos hablaran menos riesgo correrían. Por desgracia su mudez no podía durar eternamente.

A los pies de la escalinata aguardaban dos guardias con gesto regio y alabarda en mano. Hicieron el saludo militar propio de los soldados del imperio suná y Furia y Notas respondieron torpemente con el mismo gesto.

– ¿Dónde está el tercero? –preguntó uno de ellos.

– ¿El tercero? –se sorprendió Notas, seguramente creyendo que hablaba de Petaco.

– Ha ido a mear –rezongó Furia poniendo la voz más grave y áspera que había practicado.

Los centinelas se miraron extrañados y uno le dijo algo al otro en un bisbiseo.

– ¡Ah, sí! –se resarcíó el músico–. ¡Y ha sido una suerte que no se cagara de lo asustado que estaba, el muy cabrón! –exclamó entre carcajadas.

Los dos alabarderos rieron de buena gana y asintieron. Como si nada, Notas dio un paso adelante y ella lo siguió. Ninguno hizo ademán de impedirles el paso.

– Que Limeres os aúpe en la subida, camaradas –oyó que decía uno de ellos.

“¿Todos los hombres son tan estúpidos?”, se preguntó Furia mientras empezaban a subir los peldaños tallados en roca.

Cuando llegaron a la mitad de la ascensión, Notas resollaba y Furia deseó que de verdad algún dios los aupara en lo que quedaba de subida. Pero los dioses nunca la habían ayudado, más bien se habían dedicado a ponerle trabas desde que apenas era una cría.

Por fin llegaron arriba y ahí aguardaban otros dos guardias que ya habían localizado conel catalejo desde las alturas. Estaban apostados a ambos lados del portón de la fortaleza, que se situaba a apenas unos pasos de la escalinata y el precipicio. Ninguno de los dos llevaba el yelmo. Los nervios la sacudieron de repente. Si se veía obligada a quitarse el yelmo, ambos verían que era una mujer. Una mujer de rasgos distintos. Una mujer Kaloshi de las Llanuras.

– ¿Ha habido suerte? –preguntó uno de ellos al verlos acercarse.

– Puede –declaró Notas que venía detrás–, será el conde quien lo decida.

– Está en sus aposentos con Ganeshe –informó el otro guardia.

Entonces las cosas se volvieron de lo más extrañas. Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Nadie agregó nada más, nadie hizo ningún movimiento. Furia sabía que los soldados esperaban algo de ellos. Un saludo, un gesto. Algo. Pero no sabía qué exactamente.

– ¿Habéis subido con el yelmo sin tropezar? –soltó el último que había hablado, con un deje a medio camino entre la burla y la admiración.

– ¿Dónde está el tercer hombre? ¿Ahora enviamos pareja a patrullar? –se extrañó el otro.

Mal asunto. Había que hacer algo. Furia esperó unos segundos por si se le ocurría algo al músico. Ella tenía poco margen para improvisar: temía que se le notara el grano de voz femenino.

Por fortuna, la respuesta de Notas llegó enseguida. Fue rápida, rotunda y certera. Dos cuchillos volaron y dos gargantas explotaron, bañando de sangre las botas recién adquiridas de Furia. Le quedaban algo grandes y desde luego no pensaba quedárselas, pero tendría que limpiarlas si quería causar buena impresión al presentarse ante el conde y el sacerdote.

Arrastraron los dos cuerpos hasta ocultarlos al final de la escalinata, justo unos peldaños antes del terraplén donde estaba edificado el fortín. Se cuidaron de que quedaran inmóviles y no se les ocurriera, en un último y desesperado espasmo de vida, bajar los escalones rodando o caer de cabeza al precipicio y alarmar a la aldea ahí abajo.

– Alguien se dará cuenta pronto –caviló Notas en voz alta.

– Sí. No hay tiempo que perder. Vamos.